



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



003-01

ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA

Jacques Maritain

Transcripción parcial de las Nociones Históricas del capítulo I,
Naturaleza de la Filosofía del libro 'Introducción a la Filosofía', de 1920,

Los Sabios

Los primeros pensadores de Grecia son los poetas, intérpretes de las tradiciones religiosas. Creadores de mitos, como Hesíodo u Homero, profetas a veces, como Epiménides de Cnosa que libró a Atenas de la peste levantando allí altares sin dedicarlos a ninguno de sus dioses, no interesan a la historia de la filosofía propiamente dicha. La filosofía griega, según Aristóteles, no comienza sino con Tales de Mileto, uno de los sabios o gnómicos, que vivieron en el siglo VII y VI antes de nuestra era.

Estos sabios, siete según la tradición, y de los que los antiguos nos dan diversas listas, se propusieron antes que nada enderezar las costumbres de sus conciudadanos; sus sentencias, de las que Platón nos trasmite algunas en el Protágoras, se limitan a enunciar las lecciones prácticas que la experiencia de la vida les dictaba; eran hombres de acción, legisladores o moralistas; eran hombres prudentes, pero no propiamente filósofos. Sólo Tales abordó entre ellos los estudios especulativos. Geómetra y astrónomo, Tales demostró que todos los ángulos inscritos en un semicírculo son rectos, y habría predicho – gracias sin duda a los conocimientos que tenía de la ciencia babilónica –, el eclipse total de sol del 28 de mayo del año 585.

Los filósofos que vienen después de él son todavía en su mayor parte hombres públicos que se apasionan por la vida de la ciudad; pero esta actividad práctica no les impidió poseer desde el principio conciencia clara de la verdadera naturaleza de su sabiduría. En todo caso, salvo en ciertas personalidades excepcionales, tales como Empédocles el taumaturgo, o Pirágoras, fundador de una secta religiosa, la filosofía griega se distingue inmediatamente de la religión; se forma incluso criticando y combatiendo la mitología popular, y aparece como hija de la sola razón.

La fase de desarrollo ascendente de esta filosofía, desde Tales hasta Aristóteles, es la única que nos interesa aquí, porque en este período es cuando la filosofía, con un alcance humano absolutamente universal, queda constituida en forma definitiva. Abarca alrededor de tres siglos y se la puede dividir en tres grandes períodos: período de elaboración (los filósofos presocráticos), período de crisis (los sofistas y Sócrates), período de madurez (Platón y Aristóteles).

A. - LOS FILÓSOFOS PRESOCRÁTICOS

Los Jónicos

Tales de Mileto y sus sucesores.- Aquí se presenta ya la razón humana investigando, con su propio esfuerzo, los principios y las causas de las cosas. Lo primero que a la razón humana llama la atención es lo que ve y palpa; lo que conoce por los sentidos. Y lo primero que investiga, cuando quiere explicar una cosa cualquiera, es la materia de que esa cosa está compuesta. Así los primeros pensadores de Grecia no consideran en las cosas sino su materialidad, su exterior, lo que más tarde llamaremos *causa material*, y que ellos cándidamente consideran suficiente para explicarlo todo. En segundo lugar, siendo el cambio o mutación el fenómeno más general y el más importante que nos presenta la naturaleza, y sobre todo el cambio mediante el cual un cuerpo se convierte en otro (así el pan se hace carne; la madera, fuego; etc.), llegan a comprender que la materia primaria de que están hechos los cuerpos debe ser la misma para todos, por realizarse en ella todas las transformaciones de los cuerpos. Pero como todavía no alcanzan a entender sino lo que se palpa y se ve, imaginan que es esta materia uno de los seres que caen bajo nuestros sentidos.

De ahí que Tales, por ejemplo (624-546) inspirándose en los antiguos mitos que hacían provenir todas las cosas de las aguas primitivas, y fijándose además en que las plantas y los animales “se nutren de humedad” y que todo germen viviente es húmedo, declarará que el *agua* es la sustancia única y que permanece idéntica bajo todas las transformaciones de los cuerpos. Para Anaximeno (588-524) es el *aire* el que desempeña este papel; para Heráclito (540-475?) es el *fuego*; para Anaximandro (610- 547) el *infinito* (en el sentido de lo Indeterminado), mezcla de todos los contrarios. Agua, Aire, Fuego, Infinito, son considerados como seres activos, vivos, animados, capaces, por una fuerza interior propia, de una fecundidad multiforme e ilimitada. Todo está lleno de dioses, [1] decía Tales en este sentido. Por ésta tan primitiva escuela de Jonia – llamada *hilozóica*, por haber atribuido la vida a la materia –, podemos comprender que se ha de considerar como lo más rudimentario en filosofía, doctrinas tales como el monismo materialista, que enseña la existencia de una sola sustancia material, y el evolucionismo, que pretende explicar todos los seres por el desarrollo histórico y el desenvolvimiento o evolución de seres preexistentes.

1 ARISTÓTELES, de Anima, I, 5, 411 a 7.

El evolucionismo, que la filosofía alemana por un lado, y por otro Spencer y Darwin, han hecho tan célebre en el siglo XIX, fue ya defendido en Grecia por los *Físicos* de los siglos VI y V a.C. [2]. Anaximandro en particular enseñaba la evolución eterna de los mundos “que se levantan y vuelven a acostarse después de largos períodos”; para este filósofo los animales nacieron del fango del mar, envueltos al principio en una especie de caparazón, de una corteza espinosa de la que se despojaron al llegar a la tierra firme, y el hombre proviene de animales de especie diferente, habiéndose formado originariamente dentro de un pez donde se desarrolló y del cual fue lanzado, una vez que creció lo suficiente como para bastarse a sí mismo.

Más tarde Empédocles de Agrigento (493-433?) cuyas concepciones son, en otros puntos, superiores a las de los Jónicos, explicaba el origen de los seres vivos por la producción separada de órganos y de miembros: cabeza, ojos, brazos, etc., que se reunieron en toda clase de combinaciones debidas al azar, de las que sólo han persistido las aptas para la vida. (Cf. el principio darwinista de la “persistencia del más apto”.)

Nótese que antes de Demócrito, Anaximandro y Empédocles buscaron también, como lo hará el evolucionismo seudo científico moderno, el modo de explicar todas las cosas mecánicamente, es decir por la simple agregación de elementos materiales producida por el movimiento local.

Con los Físicos, así llamados por Aristóteles, o filósofos de la naturaleza sensible, se relacionan tres grandes pensadores: Heráclito, Demócrito, Anaxágoras.

Heráclito de Éfeso [3], genio altivo y solitario, menospreciador de la multitud y de la religión del vulgo, lleva heroicamente hasta sus primeros principios metafísicos el pensamiento de los filósofos de Jonia, y fija de una vez para siempre uno de los extremos del esfuerzo especulativo y del error. Una de las realidades percibidas en los seres, se ha apoderado de él con tanta fuerza, que lo hace esclavo suyo para siempre. Esta realidad es el cambio, el *fieri* o *devenir*. Observa que las cosas se transforman de tantas maneras, que proclama que todo es cambio. Todo pasa o corre; y los hombres son locos al descansar en la

2 En la India, hacia la misma época, formulaba el budismo. lo hemos visto ya, la religión del evolucionismo.

3 La fecha del nacimiento y muerte de Heráclito no es conocida con certeza. Estaba en la plenitud de su vida hacia el año 500 antes de C.

seguridad de su falsa felicidad: “Todos los nacidos quieren vivir para morir un día y reposar, y dejan sus hijos en la tierra para que éstos mueran a su vez.” No tocamos dos veces la misma cosa; no nos bañamos dos veces en el mismo río. En el momento que llevamos la mano a una cosa, ésta ha dejado ya de ser lo que era. Lo que existe, cambia, por el hecho de ser.

Es decir, que no existe ningún ser estable o permanente, que sufra el cambio permaneciendo idéntico a sí mismo, como una bola de marfil que permanece bola de marfil, a la vez que se mueve. Por lo tanto *lo que es* (la cosa que cambia), a la vez *no es* (puesto que nada se libra de la mutación): “Nosotros descendemos al mismo río y no descendemos; existimos y no existimos.” Decididamente afirma también que los contrarios se confunden: “El agua del mar es la más pura y la más inmunda ... ; el bien y el mal son una misma cosa.”

“Es imposible, escribiré acerca de esta cuestión Aristóteles en un texto célebre, que alguien conciba jamás que una misma cosa exista y no exista a la vez. Heráclito opina de otro modo, según algunos; pero no se puede afirmar que uno cree todo lo que escribe. La causa de las opiniones de estos filósofos, es el no haber admitido como seres sino las cosas sensibles; y como veían que la naturaleza sensible está en movimiento perpetuo, algunos, como Cratilo [4], han pensado que era preciso no decir nada: él se contentaba con mover el dedo.” Escepticismo, que es consecuencia necesaria de la metafísica de la movilidad absoluta profesada por Heráclito, aunque él haya creído personalmente en la verdad: “Si vosotros no esperáis lo inesperado, decía, nunca alcanzaréis la verdad, que es difícil de discernir y apenas accesible.”

De modo que Heráclito es el filósofo de la evolución y del absoluto devenir. Por consiguiente, todas las cosas son a sus ojos diferenciaciones – producidas por la discordia o la guerra –, de un solo principio en movimiento, que él se imagina bajo la forma de fuego, de un fuego etéreo, viviente y divino. Por ahí se ve claramente, y desde los orígenes, que toda filosofía de la mutación o devenir, cae luego en el *monismo* [5] y en el panteísmo. “El afirmar que todos los seres son uno, escribe Aristóteles, no es sino repetir la opinión de Heráclito. Y en ese caso todo se confunde; el bien y el mal son la misma cosa, el hombre y el caballo son idénticos. Pero esto ya no es afirmar que los seres son una sola cosa, sino afirmar que no son nada.”

4 Uno de los más célebres discípulos de Heráclito, Cratilo, fue el primer maestro de Platón. (ARISTÓT., Met. I. 6.) .

5 Doctrina que reduce todas las cosas a un solo ser. El Panteísmo confunde el mundo con Dios.

Demócrito de Abdera.- Nacido algunos años después de la muerte de Heráclito, Demócrito (470-361?), espíritu mucho menos profundo y que busca las ideas fáciles, pretende encontrar en el correr de los fenómenos sensibles algo fijo y estable, pero este elemento lo pide a la imaginación, no a la inteligencia. La única realidad que Demócrito acepta es algo que, si bien superior a las percepciones de los sentidos externos, cae sin embargo bajo el dominio de la imaginación: se trata de la *cantidad geométrica pura*, como tal, sin cualidades (sin color, sin olor, sin sabor, etc.) y que no contiene sino la extensión en las tres dimensiones del espacio. Todo deberá, a su modo de ver, explicarse por el *lleno*, que confunde con el ser, y por el *vacío*, que confunde con el no ser. El lleno está dividido en porciones de extensión, indivisibles (“átomos”), separadas por el vacío y en perpetuo movimiento; y que no difieren entré sí sino por la forma (como A difiere de N, por ejemplo), el orden (como AN difiere de NA) y la situación (como N difiere de sí misma colocada en otra postura Z); y atribuye a la ciega necesidad de la casualidad el orden del universo, así como la estructura de cada ser. Demócrito es, pues, en Grecia, en la época misma de Sócrates, el fundador del atomismo, y en general de la filosofía llamada mecanicista, que erige la geometría en metafísica, reduce todas las cosas a la extensión y al movimiento, y pretende explicar por un revuelto de circunstancias fortuitas la organización de los seres. Así se explicaría el Partenón o las tragedias de Racine, diciendo que bastó lanzar piedras sobre piedras durante un indefinido número de años, o mezclar al azar unos cuantos millares de caracteres de imprenta.

Anaxágoras de Clezomene (500-428) había llegado a su madurez cuando nacía Demócrito, y cuando Heráclito acababa de morir; fue el amigo de Pericles y orientó la filosofía griega hacia una luz superior; endereza, más bien que continúa, la filosofía jónica, con la ayuda de conceptos mal elaborados o que emplea mal.

Nota por una parte que el principio material de que están constituidos todos los cuerpos y que los jónicos confundían con tal o cual elemento determinado, debe contener en cierto modo, en sí, toda la diversidad de seres que de él se han de ir formando: si todo no estuviera en todo, nada podría provenir de nada. Y cree, por consiguiente, que ese principio consiste en una mezcla infinita de todas las naturalezas y de todas las cualidades, de modo que cada partícula corpórea contiene en sí elementos (“*omeomerias*”) de todos los demás (por ejemplo, cada partícula de pan que comemos, contiene en sí elementos invisibles de hueso, de sangre, de carne, etc. y de los demás seres, que se encuentran todos, cambiadas sólo sus proporciones, en cada partícula de hueso, de sangre, de carne, etc.);

concepto extraño y sin valor, pero que anuncia a su modo la gran idea aristotélica de la *materia prima*, que es nada “en acto” y que lo es todo “en potencia”.

Por otra parte, y esto es su principal mérito, comprende que el principio material de que están hechas las cosas no basta para explicarlas. Es preciso además conocer el principio que las produjo (causa eficiente o causa motriz) y el fin por el cual esta causa agente obró (causa final). Para dar razón de por qué Sócrates está sentado en la prisión, ¿basta, como dirá Platón, decir que tiene huesos, articulaciones y músculos dispuestos de tal o cual modo? Es preciso explicar quién hace que estos músculos y huesos estén así dispuestos, y por qué, con qué finalidad están así.

Anaxágoras, por el hecho de haber reconocido además de los elementos materiales del mundo, la existencia necesaria de una inteligencia separada, ordenadora de los seres, es el único, al decir de Aristóteles, que haya sabido “guardar la sobriedad” entre todos los demás filósofos de su tiempo, a quienes el vino de las apariencias sensibles ha trastornado la cabeza y “hablan sin tino”.

Los itálicos

Al lado de la filosofía jónica, los siglos VI y V contemplaron en el mundo griego dos grandes corrientes filosóficas: la pitagórica y la eleática.

Pitágoras de Samos (572-500, o según otros, 582-497), fundador de una sociedad filosófica, religiosa y política, que ejerció el poder en algunas ciudades de la Magna Grecia (Italia meridional) y fue más tarde dispersada por la violencia [6], comprendió que existen realidades más altas que aquellas que son objeto de los sentidos. La ciencia de los números fue la que le reveló estas realidades invisibles, cuyo orden inmutable domina y dirige el curso de los acontecimientos; y ya no conoce en adelante más que los números. No dice solamente que existe en los seres y en el mundo un principio oculto de medida y de armonía; enseña además que los números – por los que esta armonía se manifiesta a nuestros sentidos –, son la única realidad verdadera: y lo concibe como la esencia misma de las cosas.

6 En esta sociedad se practicaba una obediencia absoluta aun en las cuestiones intelectuales. En la sociedad pitagórica, y no en las escuelas del medioevo cristiano, es donde todos se inclinaban ante el Maestro.

No solamente estaba Pitágoras iniciado en las grandes especulaciones de la astronomía oriental, sino que él mismo, mediante el descubrimiento fundamental de la relación de la altura de los sonidos con la longitud de las cuerdas que vibran, sometió a la invariabilidad de una ley numérica un fenómeno tan fugitivo como el sonido. Representémonos la admiración con que debió entrever, detrás del flujo de las apariencias sensibles, estas proporciones inteligibles, inmóviles e inmatrimales que explican al matemático las regularidades que dondequiera podemos comprobar. Reflexionemos por otra parte en el misterioso valor simbólico de los números, atestiguado por las sagradas tradiciones de la humanidad y por los filósofos más positivos (desde Aristóteles que rendirá homenaje a la santidad del número 3, hasta Augusto Comte que construirá toda una mitología de los números primos); y comprenderemos cómo el pensamiento de Pitágoras y de sus discípulos pudo deslizarse, tan naturalmente, del *signo* a la *causa*, y hacer del símbolo un principio de realidad.

Consecuencia: los principios de los números son los principios de todo lo que existe; de la oposición entre lo determinado y lo indeterminado (infinito) derivan todas las contradicciones fundamentales – ante todo, par e impar, elementos del número; después lo uno y lo múltiple, derecha e izquierda, macho y hembra, reposo y movimiento, recto y curvo, luz y tinieblas, bien y mal, cuadrado y cuadrilátero de lados desiguales – que ordenan la naturaleza y la actividad de las cosas; toda esencia tiene su número, y toda esencia es un número (el número 4, por ejemplo, no es solamente figura, sino que es lo constitutivo de la justicia; el número 3, de la santidad; el 7, del tiempo; el 8, de la armonía; el 5, de la unión de los sexos; el 10, de la perfección); a los números, que por sí mismos no están ni aquí ni allá, déseles una *posición*, y tendréis los cuerpos. Y así toda especulación sobre el origen o la naturaleza de las cosas se diluye en una especulación acerca de la génesis de los números y de sus propiedades.

Así Pitágoras y su escuela, a quienes las matemáticas, la música y la astronomía deben tanto, no llegan a la verdadera noción de filosofía primera o metafísica; colocados en un grado de abstracción superior al de los jónicos, no confunden, como lo hicieron éstos, la metafísica con la física, mas la confunden con la ciencia del número (a la que atribuyen interpretaciones cualitativas) y quedan por lo mismo, a pesar de sus esfuerzos hacia el puro inteligible, sin desprenderse de la imaginación. Aunque ven por otro lado que las cosas son reguladas intrínsecamente por principios inmatrimales más reales y más verdaderos que lo que se palpa y se ve, no consiguen todavía concebir la idea de *causa formal*, que sólo Aristóteles hará resaltar debidamente.

A Pitágoras se debe la palabra *filosofía*. Se ve por un pasaje de Diógenes Laercio que hacía consistir la dignidad de la ciencia en su carácter puramente especulativo y desinteresado; punto sobre el cual Aristóteles al principio de su metafísica, tanto ha de insistir. “Esta vida, decía, puede ser comparada a las solemnidades de los juegos públicos, donde se reúnen diversas clases de personas, unas para disputarse la gloria y las coronas, otras para comerciar, y otras, más nobles, solamente para gozar del espectáculo. Del mismo modo, en la vida, unos trabajan por la gloria, otros por el interés, y un pequeño número por la sola verdad: éstos son los filósofos ... “

Pitágoras parece haber profesado la unidad de Dios, como un espíritu presente a todas las cosas y del cual procederían nuestras almas; él fue el primero que dio al conjunto de los seres el nombre de *cosmos* que, como *mundus*, encierra la idea de belleza y de armonía.

La más célebre, y la más ridiculizada, de sus doctrinas es la de la trasmigración de las almas o metempsicosis, que él recibió probablemente, no de Egipto, como lo indica Herodoto, sino más bien del hinduismo (a través de Persia), y en la cual el orfismo y el pitagorismo, en Grecia, convinieron desde el principio. “Pasando un día cerca de un perrito que alguien apaleaba, escribe de él el viejo Xenófanes en una cuarteta satírica, se lamentó de la desgracia del animal y gritó compasivo: Detente, no lo golpees, es el alma de uno de mis amigos; lo conozco en la voz.”

Los pitagóricos creyeron también que el ciclo de períodos cósmicos debía traer, después de largos intervalos, el retorno de todas las cosas, idénticamente reproducidas hasta en sus menores detalles. “Según los pitagóricos, decía Eudemo a sus discípulos, día vendrá en que todos los que estamos aquí reunidos, exactamente los mismos, volveremos a estarlo de nuevo; vosotros ahí enfrente escuchándome, yo aquí disertando delante de vosotros, como lo hago ahora mismo, con el punterito en la mano...”

La astronomía es una de las ciencias que recibieron de la escuela pitagórica mayor desarrollo. Filolaos, que hacía girar a la tierra, al sol y a todos los astros alrededor de un misterioso centro del mundo ocupado por el fuego, puede ser considerado como el precursor de Copérnico. Pero también en esta cuestión delatan los pitagóricos, de la manera más típica, las fallas de un espíritu exclusivamente matemático:

“Viviendo y moviéndose en la ciencia de los números, escribe Aristóteles, reunieron y coordinaron todas las concordancias que les fue posible comprobar, entre los números y las armonías de una parte, y entre los fenómenos celestes y el conjunto del universo de la otra. Y si en algún lugar aparecía una laguna, hacían uso de una suave violencia para que todo fuera perfectamente de acuerdo con sus teorías. Como por ejemplo, la década era para ellos la perfección y encerraba en sí toda la naturaleza de los números, sostenían que los planetas eran diez; pero como en realidad no aparecen sino nueve, inventaron la Antitierra para hacer el décimo...”, “no considerando los fenómenos para luego buscar sus causas y según ellas formular sus teorías, sino acomodando los fenómenos a sus teorías y opiniones preconcebidas y pretendiendo ayudar a Dios a construir el mundo”.

Los eleáticos.

A la escuela de Elea corresponde, no precisamente el haber fundado la metafísica, pues no supo mantenerse en la verdad, pero sí al menos el haber elevado el pensamiento griego hasta el nivel propio de la metafísica, y hasta el grado de abstracción que exige esta ciencia. El más antiguo de los eleáticos es Xenófanes, rapsoda vagabundo, nacido hacia el año 570 en Colofón, desde donde se dirigió a Elea, en la Italia meridional, empujado sin duda por las invasiones persas.

Xenófanes se burlaba de la mitología de los poetas y de las opiniones del vulgo. “Nuestra sabiduría, decía, burlándose de los honores tributados a los atletas, vale algo más que la fuerza de los hombres y de los caballos...” Profesaba la unidad absoluta de Dios, pero confundía a Dios con las cosas, al decir en sentido panteísta que Dios es uno y todo.

Pero el filósofo más profundo, el verdadero fundador de esta escuela es su discípulo **Parménides de Elea** (nacido en el año 540), el gran Parménides, como le llama Platón. Elevándose sobre el mundo de las apariencias sensibles, y aun sobre el de las esencias matemáticas y de los números, llega hasta aquello que en las cosas constituye pura y propiamente el objeto de la inteligencia. ¿No es cierto que lo primero que la inteligencia ve en todas las cosas, es que éstas existen, es decir, el ser? La idea de ser, así destacada, se impone a Parménides con tal fuerza que llega a cegararlo. Como Heráclito, por la misma época, queda cautivo del cambio,

así Parménides queda cautivo del Ser. Y no ve sino una cosa: lo que es, es, y no puede dejar de ser; el ser es, el no ser no es. Parménides es así el primer filósofo que haya comprendido y formulado *el principio de identidad o de no contradicción*, principio supremo de todo el pensamiento.

Contemplando, pues, el Ser puro, comprende que este Ser es absolutamente uno y absolutamente inmutable, eterno, libre de evolución, incorruptible, indivisible, intacto, y entero en su unidad, en todo igual a sí mismo, infinito, y que contiene en sí toda perfección. Pero mientras descubre así los atributos de Aquel que es, se niega a admitir que ningún otro ser pueda existir, y rechaza como algo escandaloso al ser mezclado con la nada – o la limitación – (porque habría que suponerlo sacado de la nada), cualidad inherente a todos los seres creados.

Se extravía luego hasta el punto de atribuir al ser del mundo lo que es propio del Ser increado. Y antes que abandonar lo que él cree exigido por el ser y la razón, prefiere heroicamente negar el testimonio de los sentidos, y declarar que no existe en el mundo ni cambio ni multiplicidad. El cambio, el movimiento, el *feri* o devenir, como la diversidad de las cosas, no es sino una apariencia ilusoria. No existe sino el Ser y el Uno.

Porque ¿no es cierto que el cambio supone que lo que existe no existía (en el nuevo estado adquirido), y que, continuando en la existencia, cesa de existir (respecto al ser pasado)? ¿La multiplicidad no supone que lo que es (esto) a la vez no es (aquello)? Por consiguiente, la multiplicidad y el cambio, ¿no están en contradicción con el principio supremo “lo que es posee en sí el ser y no el no ser”?

Para defender la doctrina de Parménides acerca de la imposibilidad del cambio, su discípulo Zenón de Elea [7] (nacido en el 487), formuló los célebres argumentos con que pretende demostrar que la noción misma de movimiento significa contradicción; argumentos erróneos sin duda, pero muy profundos, y a los que sólo con la doctrina de Aristóteles se puede responder.

Así se coloca Parménides en el extremo opuesto de Heráclito, fijando también, de una vez para siempre, uno de los términos últimos del esfuerzo especulativo, y

7 No confundir a Zenón de Elea con Zenón el estoico, que vivió mucho más tarde (350-264) y nació en Cittium, en la isla de Chipre.

a la vez del error; y mostrando que toda filosofía del ser puro, por el mero hecho de negar esta especie de no ser que Aristóteles llamará potencia, y que es propio de todas las cosas creadas, debe absorber todos los seres en el Ser por excelencia, absorber el mundo en Dios, y conducir al Monismo y al Panteísmo no menos fatalmente que la filosofía del *fieri* o devenir absoluto.

B. LA SOFÍSTICA Y SÓCRATES.

Durante el largo esfuerzo de elaboración que brevemente hemos resumido, llegó el pensamiento humano a realizar conquistas fundamentales. Pero si luego, y conociendo la gran síntesis en la que tantas verdades parcialmente conocidas se han juntado y equilibrado, podemos admirar cómo se iban formando poco a poco los puntos vitales y las líneas fundamentales de lo que será la filosofía, de hecho, en la Grecia del siglo V, estos excelentes resultados quedaban disminuidos por la confusión de teorías contradictorias, así como por la multitud y gravedad de los errores, y aparentemente nos encontramos en medio del desorden y del caos.

Se había pretendido saberlo todo y escalar de un salto la cumbre del conocimiento. Precisamente por esta ambición inmoderada y porque se desconocía la disciplina y la medida en el manejo de las ideas, no se llegó sino a la confusión de los conceptos y a oponer constantemente principios verosímiles a otros tan verosímiles como los primeros. El resultado inmediato y aparente pareció ser la derrota del pensamiento especulativo. No es de extrañar que este período de elaboración haya desembocado en una gran crisis intelectual durante la cual cierto trastorno del espíritu estuvo a punto de poner todo en peligro. Este trastorno del espíritu es la sofística o la corrupción de la filosofía.

Los sofistas.

La sofística no es una doctrina, sino más bien una actitud viciosa del espíritu. Los sofistas eran aparentemente los continuadores y discípulos de los sabios de la edad precedente – el nombre mismo de sofista no tenía en su origen ningún sentido peyorativo –; en realidad diferían de ellos esencialmente, porque tomaban como fin y regla de su ciencia no lo que es (el objeto del conocimiento), sino los intereses del sujeto

que conoce. Así, profesores ambulantes que buscaban honores y dinero, conferencistas, enciclopédicos, periodistas – si así se les puede llamar –, superhombres, o *dilettantes*, los sofistas son todo, menos sabios o filósofos. Hippias, que sobresalía por igual en la astronomía, geometría, aritmética, fonética, rítmica, música, pintura, etnología, mnemotécnica, en la epopeya, la tragedia, el epigrama, el ditirambo (alabanza exagerada), y en las exhortaciones morales; que fue embajador de Elis y que aprendió todos los oficios (un día se presentó en los juegos olímpicos con un traje hecho en su totalidad por él mismo), hace pensar en algunos héroes del Renacimiento italiano.

Otros hacen pensar en los “filósofos” del siglo XVIII o en los “científicos” del XIX. Lo que se puede afirmar como característicos de todos, es que buscaron las ventajas de la ciencia, *sin buscar la verdad*.

Quisieron las ventajas de la ciencia, en cuanto ésta significa para el que la posee poder y dominación, voluptuosidad intelectual. Bajo este aspecto, pasaban por racionalistas y sabios universales; para todos los problemas tenían explicaciones falsamente claras, y pretendían reformarlo todo, hasta las reglas de la gramática y el género de los sustantivos. Igualmente se interesaban preferentemente por las cosas humanas, que son las más complejas y las menos seguras de todas, pero con las que puede el hombre, más que con las otras, aspirar al poder y la gloria: historia, derecho, casuística, política, y retórica. Y se las daban de profesores de “virtud”.

Pero no buscaban la verdad. No pretendiendo de la labor de la inteligencia sino un medio para hacer ostentación a sus propios ojos, como a los de los demás, de su superioridad, fatalmente debían ser arrastrados a hacer consistir la ciencia más refinada en el arte de negar y de destruir por medio del razonamiento; siendo como es, la destrucción, para hombres y niños, el modo más fácil de demostrar su fuerza; y se distinguieron igualmente en el arte de sostener el pro y el contra en todas las cuestiones — otro modo de demostrar la fuerza y la habilidad.

Es decir, que la ciencia se disolvía entre sus manos; lo que en sus predecesores era simplemente falta de disciplina intelectual, fue entre ellos decidido propósito de hacer uso de los conceptos sin preocuparse de sus exigencias precisas y delicadas, sino únicamente por el gusto de confundirlos y revolverlos todos en una especie de prestidigitación intelectual: de ahí sus *sofismas* o razonamientos engañosos. Su moral era por el mismo estilo; declaraban convencionalismo arbitrario toda ley impuesta a los hombres, y la

“virtud” que enseñaban se reducía, en último término, sea al arte de triunfar, sea a lo que los discípulos de Nietzsche llaman hoy “la voluntad de poder”.

Así, pues, de todo lo que animaba las grandes ambiciones dogmáticas de la época precedente, los sofistas guardaron el orgullo de la ciencia, habiendo perdido el amor de la verdad. Quisieron ser grandes por medio de la ciencia, despreocupándose a la vez de lo real. Creyeron, por decirlo así, en la ciencia, pero no creyeron en la verdad. Semejante fenómeno histórico se repetirá más tarde, y en mucho mayores proporciones...

En tales circunstancias es natural que la única doctrina a la que la sofística haya podido ir a parar sea la llamada *relativismo y escepticismo*. Protágoras de Abdera (480-410) declaraba, por ejemplo, que “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que existen como de las que no existen”, lo que significa, según su pensamiento, que todo es relativo a las disposiciones del sujeto, y que es verdadero aquello que cada uno acepta como tal. Y en el libro que escribió, titulado *De la naturaleza o del no ser*, su contemporáneo Gorgias de Leontini (muerto en el año 375), célebre orador, enseñaba: 1° que el ser no existe, o en otros términos, que nada existe: el no ser es el no-ser, por consiguiente es, decía jugando con la palabra es (especie de juego del cual hará Hegel más tarde el deporte metafísico por excelencia); luego el ser, que es su contrario, no existe...; 2°, que si algo existe, no lo podemos conocer; 3°, que si alguien pudiera conocer alguna cosa, no podría comunicar tal conocimiento a los demás.

Sócrates.

Sócrates (469-399) fue el que salvó el pensamiento griego del trance mortal en que lo había puesto la sofística. Fuera de que no cobraba por enseñar su ciencia, su tenor de vida era exteriormente como el de los sofistas; como ellos, pasaba el tiempo dialogando con la juventud, y un observador superficial, como Aristófanes, hubiera podido confundirlo con ellos. Pero lo cierto es que les hacía una guerra sin tregua ni cuartel, y que su oposición era absoluta. Los sofistas pretendían saberlo todo, pero no creían en la verdad; Sócrates aparentaba ignorancia, y enseñaba a los que le escuchaban a no buscar sino la verdad. Toda su labor fue así una obra de enderezamiento; enderezó en efecto la razón filosófica, y la orientó hacia la verdad para la cual fue creada.

Esta labor fue para la inteligencia humana de una importancia tan considerable, que uno no se extraña al ver a Sócrates dedicarse a ella como cumpliendo un mandato recibido del cielo. Se echaba de ver en él, no solamente un alto poder de contemplación filosófica (Aula Gelio y Platón cuentan de él que a veces pasaba días y noches inmóvil, absorto en la meditación), sino también, como él mismo lo decía, algo de “demoníaco” o de inspirado, un fervor alado, un vigor libre y mesurado, y aun quizás a veces, un instinto interior y superior, que parecen revelar una cierta asistencia extraordinaria, a propósito de la cual dice Aristóteles que aquellos que son movidos por la inspiración divina, no deben ser aconsejados por la razón humana, ya que llevan en sí mismos un principio superior. Sócrates se compara a un agujijón encargado de picar y despertar a los atenienses, y de obligar a sus mentes a un constante examen de conciencia; servicio que los atenienses le pagarán con la cicuta, proporcionando así al viejo maestro, ya cercano a la muerte, la ocasión del más bello gesto que al morir pueda ofrecernos la sabiduría humana.

Sócrates no era un metafísico, sino más bien un hombre práctico, un médico de almas. Su papel no era construir un sistema, sino obligar a las inteligencias al trabajo. Y ésa fue la mejor manera de triunfar de la sofística, cuyo principio era menos un vicio doctrinal que una deformación del alma.

Sus discursos se dirigían sobre todo al problema de la conducta de la vida, al problema moral. Su ética, en cuanto se la puede juzgar a través de Platón y Jenofonte, parece a primera vista inspirarse en consideraciones de orden utilitario. Debo obrar lo que es bueno, y lo que para mí es bueno, es lo que es útil, verdaderamente útil. ¿En qué consiste lo verdaderamente, lo racionalmente útil? Sobre esta cuestión Sócrates quiere que todos comprendan que lo útil sólo se ha de entender con relación a un Bien absoluto e incorruptible. Planteando así constantemente la cuestión del fin último, y dirigiendo la atención de los hombres hacia su soberano bien, se eleva sobre toda suerte de utilitarismo, y con todo el vigor de una gran inteligencia afirma la primacía del bien honesto y de nuestros altos intereses eternos; su moral entra así en el orden metafísico. En segundo lugar, Sócrates enseña de mil maneras que para saber el hombre orientar su vida, debe primeramente saber; hasta llegar a sostener que la virtud se identifica con la ciencia, de suerte que todo pecador es un ignorante. Fuera de este error, para Sócrates la ética no es nada si no es un conjunto armónico de verdades demostradas, una verdadera y auténtica ciencia. Por este doble carácter, metafísico

y científico, de su enseñanza moral, se coloca fundamentalmente enfrente de los sofistas y puede considerársele como el fundador de la ciencia moral.

Pero ¿podía fundar la moral como una ciencia, sin fijar al mismo tiempo las leyes de toda ciencia en general? He aquí lo esencial de la reforma socrática. Fijándose en la razón, para estudiar las condiciones y el valor de su tendencia hacia la verdad, es decir, para fundar una obra de valor *lógico* y *crítico*, Sócrates ha disciplinado la inteligencia filosófica, y le ha precisado la actitud que debe adoptar y los procedimientos que debe emplear con relación a la verdad.

Para conseguir esto, lo primero que debía hacer era librar a los espíritus de la falsa ciencia, que cree resolverlo todo con unas cuantas ideas fáciles, Por esta razón comenzaba siempre por obligar a los que se ponían al alcance de sus preguntas a confesar su ignorancia respecto a las cuestiones que creían saber mejor (*ironía* socrática), Esto no era sino el primer paso de su método, Seguía luego con nuevas preguntas, para llevar a su interlocutor, cuya atención hacía dirigirse adonde era conveniente, a descubrir por sí mismo la verdad que había confesado ignorar, Ese es el procedimiento auténticamente socrático, la *maieútica* o “arte de hacer alumbrar a los espíritus”, Y Sócrates está tan persuadido de que apoderarse de la verdad es una operación vital y personal, en la que el maestro no hace sino ayudar a la inteligencia del alumno, como el médico “ayuda a la naturaleza”, pero en la que la inteligencia del alumno es el “*agente principal*”, que compara la adquisición de la ciencia con el despertar de un recuerdo dormido en el alma, comparación de la que Platón se valdrá para su célebre teoría de la reminiscencia.

¿Por qué procedimiento la *maieútica* ha formado la inteligencia filosófica? Precizando su objeto propio, enseñándole a buscar las *esencias* y las *definiciones* de las cosas. Sin cesar hace Sócrates volver a la razón hacia este único objeto: *lo que es* la cosa de que se habla, *lo que es* el valor, la piedad, la virtud, el arte del constructor de navíos o el arte del zapatero, etc., todas estas cosas tienen su entidad propia, una esencia o una naturaleza que la inteligencia humana debe poder descubrir y expresar en una definición, que la distinga de todas las demás cosas,

Por el hecho de haber reclamado siempre Sócrates que se haga la distinción entre lo esencial y lo accidental, y por haber obligado infatigablemente a los espíritus a llegar hasta la esencia, se puede decir que su filosofía es la filosofía de las esencias. No se trata ya de reducir todo a agua, a fuego, a números, ni

al Ser absoluto; ni de hallar un concepto, extensible indefinidamente, en que encerrar todas las cosas, como en un manto sin forma. Se trata de llegar a expresar intelectualmente cada cosa, limitando y determinando lo que es, por medio de un concepto que sólo a ella convenga.

Al mismo tiempo enseña Sócrates a la razón, si no en una forma teórica acabada, y por la construcción de una lógica del silogismo y de la demostración, como lo hará Aristóteles más tarde, al menos prácticamente, a hacer uso de los conceptos para seguir con docilidad los contornos y las articulaciones de lo real, y a no dar soluciones precipitadas sobre los seres, según el irracional proceder de los sofistas. Y así crea la dialéctica, instrumento del saber todavía imperfecto ciertamente, pero que preparó la verdadera noción de la ciencia, y que Platón compara al arte del buen cocinero que trincha un ave, siguiendo y distinguiendo con precisión sus articulaciones.

Así es como este eterno disputador, no obstante cierto aire de escepticismo, tiene una confianza absoluta en la inteligencia y en la ciencia; pero en una inteligencia disciplinada y humilde enfrente de los seres, en una ciencia que comprende su limitación, que no se siente segura en la posesión de la verdad, sino en tanto que la ve fundada en la realidad, y se comprende además llena de ignorancia. Sócrates es por este motivo maestro del espíritu científico, y también de esta filosofía que hemos de conocer con el nombre de *intelectualismo moderado*.

Con su labor lógica y crítica, preparó Sócrates el instrumento necesario para el progreso del espíritu, y venció a la crisis de la sofística para bien y salvación de la razón. Por su labor moral, no solamente fundó la ciencia de la ética, sino que a la vez libró al pensamiento de la fascinación de lo sensible; y orientó, quizá sin sospecharlo, la especulación filosófica hacia la metafísica y hacia la sabiduría propiamente dicha, por el mero hecho de haber levantado la filosofía (ése es el verdadero sentido del “conócete a ti mismo”, socrático) del estudio exclusivo del mundo corporal [8] a la contemplación del hombre y de las cosas humanas, que llevan en sí un elemento espiritual superior al orden de los astros y a todo el mundo corpóreo.

8 Parménides mismo no se elevó a la noción metafísica del Ser, sino fijándose sólo en el mundo corporal.

Sin embargo, Sócrates no es sino un admirable iniciador.

Ha dado el impulso, pero no ha llegado al fin; a su muerte todo queda en suspenso; porque no basta el método, es preciso la doctrina. Y Sócrates, exuberante en gérmenes fecundos, no tiene doctrina propiamente dicha, excepto en lo que concierne a los fundamentos de la ética. El coronamiento doctrinal de su obra, la instauración de la verdadera filosofía, estaban reservados a Platón y a Aristóteles.

C. PLATÓN y ARISTÓTELES.

Los socráticos menores.- La enseñanza de Sócrates era tan poco dogmática, que sus discípulos la desarrollaron en muy diversas direcciones. Los filósofos llamados socráticos menores, adhiriéndose a ciertos aspectos fragmentarios del pensamiento del maestro, y alterándolo en parte, fueron o bien simples moralistas (como los cirenaicos ^[9], que ponían el fin del hombre en la voluptuosidad del momento, o como los cínicos ^[10], que, cayendo en el extremo opuesto, divinizaban la fortaleza o virtud), o bien lógicos, grandes disputadores (erística), como los neosofistas de Elis y sobre todo de Megara ^[11], que tendían a destruir la ciencia y que, por la necesidad en que pusieron a los filósofos de refutar sus argumentos, contribuyeron indirectamente al desarrollo de la lógica.

Los megáricos negaban que en el juicio sea posible atribuir una cosa a otra, porque esto era, según su opinión, afirmar que la una es la otra, y así todo se confunde; por consiguiente, sólo esta proposición “el ser es”, se ha de considerar legítima, y la metafísica de los Eléatas era la única verdadera.

9 Los principales filósofos de esta escuela son Aristipo de Cirene, Teodoro el ateo, Egesias y Anniceris.

10 Proviene este nombre del de Gimnasio donde Antístenes enseñaba en Atenas. Los principales cínicos son Antístenes (n. el 445 antes de C.), Diógenes de Sinope (400-323), y Crates de Tebas.

11 La escuela de Elis tiene por principales representantes a Fedon y a Menedemo; la de Megara, a Euclides de Megara (no confundirlo con Euclides el geómetra), a Eubúlides de Mileto, a Diodoro Cronos y a Stilpón.

Platón.

A Platón, el socrático por excelencia, y a sus discípulos [12], se reserva el nombre de grandes socráticos. Platón (427-.347) cuyo padre era de estirpe real, y cuya madre descendía de Solón, queriendo hacer papel de rey en los dominios de la inteligencia, se esfuerza por reunir en la poderosa unidad de un sistema original todo el conjunto de pensamientos que los filósofos griegos han dispersado antes de él. Con este filósofo, la filosofía se hace dueña de sus destinos. Pero la obra que intentó y que la reforma socrática había hecho posible, todavía queda imperfecta y deficiente. Bajo el impulso de su genio magnífico y atrevido, la inteligencia vuela demasiado aprisa y demasiado alto; y no llega todavía a asegurarse, por una victoria definitiva, la conquista de lo real.

Sabe Platón, como Parménides, que el metafísico debe contemplar en las cosas al ser mismo. Pero en vez de encerrar todo lo existente en la unidad del Ser absoluto e inmutable, reconoce que existen diversos grados en el ser.

Apoyado en esta observación descubre Platón grandes verdades metafísicas, comprende que si existen cosas más o menos perfectas, más o menos bellas y buenas, más o menos dignas de amor; si existen cosas en las que la bondad se encuentra mezclada y que participan de la bondad, como se dice en Filosofía, necesariamente debe haber un ser en quien la bondad, la belleza y la perfección estén en estado puro, y que es la razón de la belleza y de la bondad de todos los otros seres. Y se remonta así hasta el verdadero Dios, trascendental y distinto del mundo, que se lo representa como la Bondad misma, el Bien absoluto, el Bien en persona, si así puede decirse.

Mas no es éste todavía el aspecto más saliente del platonismo. La filosofía de Sócrates, decíamos más arriba – filosofía más bien sugerida en la práctica que formulada en teoría –, es la filosofía de las esencias: la filosofía de Platón es ante todo *la filosofía de las ideas*.

Sócrates había enseñado que lo que hay que buscar y comprender ante todo es las esencias de las cosas, las que el espíritu, una vez que las ha captado, expresa

12 Después de haber viajado mucho, Platón se quedó a vivir en Atenas, donde compró el campo de Academus para fundar allí su escuela. De ahí el nombre de Academia dado a ésta.

en una definición. Porque, ¿qué es lo que la inteligencia ve, cuando se apodera de la esencia de hombre, o de triángulo, o de blanco, o de virtud? ¿No es el hombre, abstracción hecha de Pedro, Pablo, etc., y de sus caracteres particulares; no es el triángulo, abstracción hecha de tal o cual triángulo isósceles, o rectángulo; no es lo blanco, la virtud, etc.? Además, la idea de hombre o de triángulo, ¿no es cierto que permanece idéntica, cuando yo la aplico a una multitud de hombres O de triángulos que individualmente difieren los unos de los otros?

En otros términos, estas ideas ¿no son universales? ¿No es cierto que por otra parte son inmutables y eternas, en el sentido de que si, por ejemplo, no existiera ningún triángulo, la idea de triángulo, con todas las verdades geométricas que implica, permanecería siempre la misma? ¿Y no es cierto que esas ideas nos dejan contemplar en su estado puro la humanidad, la triangularidad, etc., que se encuentran como participadas en los diferentes seres llamados hombres, triángulos, etc.? Por no haber analizado con bastante exactitud la naturaleza de nuestras ideas y de la abstracción, y, por otra parte, por haber aplicado demasiado precipitadamente su gran principio de que lo que hay en las cosas de participado, debe hallarse en alguna parte en toda su universalidad, Platón concluye que en un mundo suprasensible existe una multitud de modelos inmateriales o arquetipos, inmutables y eternos: el hombre en sí, el triángulo en sí, la virtud en sí, etc., que él llama ideas, y que son el objeto comprendido por la inteligencia, facultad de la verdad; y esas ideas constituyen la realidad.

Pero entonces, ¿a qué se reduce el mundo sensible? ¿Qué hay que decir de las cosas que vemos y tocamos, y que son individuales, mudables y perecederas?

Como no son ideas, tampoco son la realidad. Son puro devenir o mutación, como quería Heráclito. Platón no niega su existencia, pero las tiene únicamente por imágenes rebajadas y engañosas de la realidad, objeto de opinión, no de ciencia o de conocimiento cierto, y tan inconsistentes como las sombras que se deslizan por una pared. Así el hombre, cautivo del cuerpo y de los sentidos, es semejante a un prisionero encerrado en una caverna, en el fondo de la cual vería desfilar las sombras de los seres que se mueven detrás de él a la luz del sol, sombras fugitivas e impalpables de las ideas-sustancias, que esclarece el sol del mundo inteligible, Dios o la idea del Bien.

Pero una metáfora ¿equivale a una explicación? Las ideas platónicas son aquello por lo cual las cosas son constituidas en su especie; el hombre en sí o la humanidad es lo que hace que Sócrates sea hombre; lo bello en sí o la belleza es lo que hace que Alcibíades o Calías sean bellos, etc. En otros términos, las ideas platónicas son las esencias de las cosas y de sus perfecciones. Pero están a la vez separadas de las cosas, habitan un mundo distinto del de ellas. ¿Cómo, pues, explicar la relación de las cosas con sus correspondientes ideas? Platón responde que son *imágenes* o *participaciones* de ellas. Pero estas palabras que recibirán más tarde, entre los escolásticos, un profundo significado, no tienen en el sistema de Platón sino un sentido metafórico sin valor inteligible.

¿Por qué y cómo existe otra cosa que las ideas, otra cosa que la realidad pura? En otros términos, ¿cuál es la cosa que “participa” de las ideas, y de las que es semejanza y reflejo? La materia (o el infinito, indefinido), responde Platón. Y como las ideas son *lo que es*, lógicamente designa a la materia como *lo que no es*, como una especie de no ser existente, concepto fecundo que por Aristóteles será purificado de toda contradicción interna, pero que, tal como Platón lo presenta, parece contradictorio consigo mismo, tanto más, que Platón lo confunde otras veces con el espacio puro de los matemáticos.

A pesar de estas dificultades metafísicas, Platón continúa lógicamente la construcción de su sistema doctrinal. La teoría de las ideas encierra todo un conjunto sistemático que concierne al conocimiento, al hombre, al mundo físico.

El conocimiento humano se divide en dos géneros absolutamente diferentes: la imaginación y la opinión por un lado, cuyo objeto son aquellas cosas que por naturaleza no pueden ser objeto de la ciencia, el mundo visible y corruptible y sus sombras engañosas; y por otra parte, el conocimiento intelectual, cuyo objeto son las cosas inteligibles, y que comprende la razón, la cual tiene por objeto los números matemáticos, y la inteligencia, que se eleva por la dialéctica a la contemplación intuitiva de las *ideas-esencias*, y principalmente a la contemplación de Dios, Bien que está sobre todas las esencias.

¿Cómo explica, por lo tanto, el conocimiento intelectual, o el origen de las ideas que poseemos y que son imagen de las ideas eternas? Estas ideas no nos pueden venir de los sentidos, inclinados a la ilusión; preciso es pues que nos lleguen directamente de

lo alto, y que sean innatas en nuestra alma. En una existencia anterior, antes de estar unida al cuerpo, nuestra alma ha contemplado las ideas y poseído intuitivamente la ciencia. Esta ciencia permanece en nosotros, pero oscurecida por la vida del cuerpo; en nosotros está como un recuerdo dormido, y haciéndolo despertar poco a poco, el esfuerzo hacia la sabiduría nos hace reconquistar la intuición primitiva de la verdad. Así el hombre es un puro espíritu unido por la fuerza a un cuerpo, y como un ángel aprisionado en la carne (*dualismo psicológico*). El alma humana vivía ya antes de juntarse al cuerpo, al cual está unida en castigo de alguna falta anterior; además, al morir, pasa a otro cuerpo, y Platón no profesa la inmortalidad del alma sino en el sentido del dogma pitagórico de la transmigración o metempsicosis.

En cuanto al mundo físico, ya que no es objeto de la ciencia, Platón no puede tratar de él sino por fábulas o mitos, que desarrolla con los recursos de un arte exquisito, pero que no hacen sino encubrir la impotencia de su doctrina acerca de la realidad corporal.

En estos mitos atribuye la producción o más bien la organización del mundo a un *demiurgo* – considerado por muchos intérpretes como distinto de Dios e inferior a él –, y expone la extraña idea de que todos los organismos vivos provienen del hombre: los primeros hombres producidos por los dioses eran del sexo masculino; los que vivieron desordenadamente fueron, después de su muerte, transformados en mujeres, las cuales, a su vez, si han continuado haciendo vida pecadora fueron transformadas en animales sin razón y tal vez, en vegetales.

Por lo que concierne a los actos humanos, Platón, después de Sócrates, pero más claramente que él, establece el verdadero fundamento de la filosofía moral, a saber: ni el placer, ni la virtud, ni ningún bien particular, sino Dios sólo constituye el bien del hombre. ¿Cómo toma el hombre posesión de su bien? Haciéndose, en cuanto sea posible – responde Platón – semejante a Él por medio de la virtud y la contemplación. Profundiza también Platón, aunque insuficientemente, en la noción de virtud y esboza la teoría de las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza, y templanza; enseña que vale más sufrir la injusticia que cometerla; y en La República hace del justo perseguido una semblanza tan noble y pura que se creería ver en ella un cierto reflejo de la divina Faz. Pero su intelectualismo exagerado lo lleva a desconocer la diferencia que separa a los actos de la inteligencia práctica de los de la inteligencia especulativa, y

a confundir la virtud, que supone la rectitud de la voluntad, con la ciencia que sólo perfecciona la razón. En consecuencia, aplica falsamente este principio, verdadero en sí mismo: que la voluntad sigue siempre las directivas de la inteligencia; y declara que el pecado sólo se debe a falta de conocimiento y que nadie hace el mal voluntariamente: “el pecador no es sino un ignorante”. Teoría que conduce, sin pretenderlo Platón, desde luego, a destruir el libre albedrío.

En su filosofía social, la misma tendencia idealista y racionalista lo lleva a aplicar falsamente este principio verdadero: que la parte es para el todo, de modo que en su república ideal, gobernada por los filósofos, todos los individuos se subordinan al bien exclusivo del Estado, al que pertenecen todos los derechos, y el cual dispone, como un soberano, de todo lo que puede ser objeto de propiedad por cualquier título, desde los bienes materiales hasta las mujeres y los niños, de la vida y de la libertad de los ciudadanos (*comunismo absoluto*).

Los errores de Platón derivan sobre todo, al parecer, de sus prejuicios apasionados por la cultura matemática, que lo conduce a menospreciar la realidad empírica. También provienen de un concepto demasiado ambicioso de la filosofía, en la cual Platón, aunque más discretamente que los sabios de Oriente, habría pretendido encontrar la purificación, la salvación y la vida de los hombres.

Tanto es así que, por causa de esos principios de error latentes en el platonismo, se verán más tarde relacionarse con Platón, más o menos directamente, todas las grandes quimeras filosóficas que tienden por diversos caminos a considerar al hombre como un espíritu puro.

En Platón mismo, en cambio, esos principios de error se mantuvieron en una atmósfera demasiado pura para que pudieran dar su fruto y viciar la esencia misma del pensamiento. Por esta razón un San Agustín podrá aprovechar tantas verdades del viejo tesoro de la filosofía de este pensador.

El pensamiento de Platón es amplísimo y quiere abarcar todas las cosas en un solo abrazo. Pero su sabiduría superior y maravillosamente intuitiva le impide fijar en una doctrina definitiva muchas cuestiones que deja sin precisar. En muchos puntos débiles, en los que otro insistiría, él pasa adelante. De modo que lo que en otros es una nota de imperfección – la vaguedad, la imprecisión, lo inacabado y ese modo de

exposición, más estético que científico, en el que procede por metáforas y símbolos, proceder que Santo Tomás juzga con severidad —, de hecho es en él una ventaja y preserva de una deformación demasiado perjudicial, las verdades que con su genio supo conquistar. Desde este punto de vista podría decirse que el platonismo es falso, si se lo toma como sistema definitivo; pero si se lo considera como algo transitorio, como un movimiento hacia algo superior a él, el platonismo ha construido en la formación de la filosofía un magnífico monumento de transición.

Aristóteles.

Para comprender esta afirmación fue necesaria la poderosa rectificación de Aristóteles. Desmontando, por decirlo así, el sistema del maestro, supo Aristóteles acomodar a la realidad los principios que Platón había descubierto y aplicado erróneamente y hacer entrar a sus grandes concepciones dentro de la medida y buen juicio trascendental; y así salvó todo lo que en la filosofía de Platón llevaba en sí un principio de vida.

Hizo más todavía. Fundó para siempre la verdadera filosofía. Si pudo salvar todo lo bueno y recto que había, no sólo en Platón sino también en los demás pensadores de Grecia, y si llevó a término la gran obra de síntesis que Platón había prematuramente intentado, fue por haber conseguido asegurar definitivamente las conquistas de la inteligencia humana en el terreno de la realidad. Su obra es no solamente el fruto maduro de la sabiduría griega purificada de los errores de Platón y de las huellas extrañas que en él se encuentran, sino que contiene igualmente el germen enteramente formado y dotado de posibilidades ilimitadas, de la sabiduría humana entera.

Puede decirse que hasta Aristóteles la filosofía se encontraba en estado de formación embrionaria. En adelante, y una vez formada, va a poder desarrollarse indefinidamente.

Sin embargo, después de Aristóteles, el pensamiento griego no sabrá permanecer fiel a la verdad. En cuanto a detalles seguirá enriqueciéndose no poco, pero desviará a la filosofía de su fin esencial, en vez de perfeccionarla.

Veinte años siguió Aristóteles las lecciones de Platón; pero era un discípulo fuertemente armado para la crítica; nadie ha refutado con más energía que él el idealismo platónico, ni demostrado mejor la imposibilidad de un sistema que coloca fuera de las cosas la misma esencia que las constituye.

Es muy cierto que las esencias de las cosas son, como lo pretendía Sócrates, el objeto primario de la inteligencia, así como también, según lo dijo Platón, que la esencia de Pedro, de Pablo y de Juan es la humanidad o naturaleza humana, abstracción hecha de los caracteres individuales propios de Pedro o Juan en particular. Pero esta esencia no existe en ese *estado* universal sino en la mente – en nuestro espíritu que la saca o la *abstrae* de las mismas cosas, en las que se encuentra en estado de individualidad –, y por otra parte sólo en su naturaleza inteligible, y no en su existencia real, es eterna y necesaria. De modo que las esencias de las cosas percederas no existen separadas de esas mismas cosas o en estado puro; y así todo el mundo platónico de las *ideas-arquetipos* es una simple ficción.

Es verdad, como lo veremos después, que existe en las cosas un elemento inteligible o *inmaterial* – llamado “forma” por Aristóteles –, por el que son talo cual naturaleza O esencia. Pero este principio no está separado de las cosas; está en ellas mismas y entra en la constitución de su sustancia. Por consiguiente, las cosas individuales, variables y percederas no son ilusión, sino realidad.

Si existen realidades más altas, al menos las más accesibles a nosotros son las de aquí abajo. Si el mundo sensible es como una semejanza imperfecta de la purísima espiritualidad de la vida divina, es por lo mismo un ser que se asemeja a otro ser, y no una imagen privada de subsistencia propia. Si este mundo está sujeto a la mutación o devenir, no por eso es simple devenir o pura mutación, sino que hay en él realidades estables y sustanciales. Si no existe ciencia de lo singular sensible como tal, es sin embargo posible la ciencia de la realidad sensible, por el hecho de existir, como encarnado en esta misma realidad, algo de inteligible e inmaterial. Así el mundo de los seres materiales no es ya objeto de pura opinión, expresable sólo en mitos y apólogos; es objeto de la ciencia, de una ciencia que es la física [13]. Con vigor incomparable

13 La Física experimental de Aristóteles (ciencia de los fenómenos) es un magnífico edificio intelectual completamente arruinado por los errores de hecho. Pero su Física filosófica (ciencia del ser móvil como tal) contiene los fundamentos y los principios de toda verdadera filosofía de la naturaleza.

sometió la movilidad a la inmutable luz de la inteligencia, demostrando que en los seres que cambian existen leyes que no cambian, revelándonos la naturaleza del movimiento, de la generación y de la corrupción, y en fin, distinguiendo las cuatro clases de causas que gobiernan el mundo sensible.

Resumiendo él mismo, en términos singularmente duros y severos, su larga disertación contra la teoría de las ideas, dice que Platón desconoce totalmente la verdadera naturaleza de la causa formal, al separarla de las cosas. “Creyendo descubrir la sustancia de las cosas visibles, no ha hecho sino imaginar otras sustancias al lado de ellas. Y en cuanto a saber cómo las ideas así concebidas son las sustancias de esas cosas, no responde sino con palabras sin sentido, ya que la “participación” de que habla no es absolutamente nada.” Lógicamente no puede decirnos nada convincente acerca de la naturaleza, y transfiriendo a las ideas toda causalidad, así como toda realidad verdadera, se hace incapaz de fijar su papel a la causalidad eficiente y a la causalidad final en la actividad de los seres. Y así “olvida la causa eficiente principio del cambio”. “Olvida igualmente el motivo por el cual obran siempre la inteligencia y toda naturaleza, la causa final... Es que en nuestros días las matemáticas han absorbido a la filosofía, y por ellas se pretende explicarlo todo...”

“En cuanto al movimiento, si las ideas son inmóviles”, ya no hay *movimiento-arquetipo* en el mundo de las ideas; pero entonces, “¿de dónde puede provenir el movimiento” según el sistema platónico? “Luego, al suprimir el movimiento, se suprime al mismo tiempo toda investigación sobre la naturaleza [14]).”

La refutación de la teoría de las ideas lleva consigo lógicamente la crítica y la rectificación de las otras partes del sistema platónico. En cuanto al conocimiento humano, demuestra Aristóteles que la física, la matemática y la metafísica o filosofía primera son tres ciencias diferentes, pero diferentes por su objeto, no por la facultad que las contempla, o sea, la razón. Demuestra también, y principalmente por un admirable análisis de la *abstracción* que gobierna a toda la filosofía, que nuestras ideas no son innatas, algo así como recuerdos de las cosas que habríamos visto antes de nacer, sino que nos vienen de los sentidos por efecto de la actividad del espíritu.

14 Met., lib. 1, cap. IX, 992 a 25-992 b 10.

En lo que concierne al alma humana, si por reacción contra la metempsicosis platónica y por exceso de prudencia científica, Aristóteles se abstiene de investigar sobre el estado en que se encontrará después de la muerte, funda al menos sobre bases indestructibles la doctrina espiritualista, estableciendo por una parte – contra el dualismo de Platón –, la unidad sustancial del ser humano, compuesto de dos partes sustanciales incompletas y complementarias, y por la otra – contra los materialistas –, la espiritualidad de las operaciones de la inteligencia y de la voluntad; y crea así la única psicología capaz de asimilarse y de interpretar el inmenso cúmulo de hechos que reunirá la experimentación moderna.

En fin, en cuanto a los actos humanos, hace ver, por su distinción de juicio especulativo (que depende de la inteligencia sola) y juicio práctico (que también depende de la voluntad), cómo el libre albedrío es posible y cómo el pecador hace el mal que conoce; rectifica el concepto y la teoría de la virtud, y precisa, en lo que concierne sobre todo a las virtudes cardinales y al análisis de los actos humanos, los rasgos principales de lo que será dentro del orden natural la enseñanza moral cristiana.

Pero no es sólo criticando a Platón sino estudiando lo que es, o el ser real, como hay que mirar a Aristóteles. Porque Platón no ha hecho sino darle ocasión de ponerse enfrente del ser. Aristóteles salió vencedor en este combate, dándonos con sus grandes conceptos sobre la *potencia* y el *acto*, sobre la *materia* y la *forma*, sobre los *categorías*, los *trascendentales* y las *causas*, las armas que nos son necesarias para luchar igualmente en ese mismo combate, y enseñándonos, como verdadero maestro de sabiduría, a elevarnos de la consideración de las cosas visibles y percederas a la contemplación del ser imperecedero, que nunca cambia. “Inmóvil en su actividad pura, este ser no está sometido a ningún cambio... Tal es el principio del cual dependen el cielo y la naturaleza. Su felicidad es idéntica a los goces supremos que nosotros sólo podemos gustar un instante, pero que él los posee eternamente. Su felicidad es su mismo acto... que es el acto de la inteligencia soberana, el pensamiento puro pensándose a sí mismo... Es admirable que Dios tenga la dicha que nosotros sólo gozamos alguna vez, pero si la posee en mucho más alto grado, esto es mucho más admirable todavía; y la realidad es que así la posee. Y posee también la vida. Porque el acto de la inteligencia es vida. Ahora bien, Dios es este mismo acto en estado puro. El es, pues, su propia vida: este acto subsiste, e en sí, tal es su vida eterna y soberana. Por esta razón se dice que es un viviente eterno y perfecto; porque la vida que .dura eternamente existe en

Dios, porque Dios es esto, la vida misma [15].” Y este Dios es perfectamente uno, absolutamente único. “Aquellos que toman por principio el número matemático y una serie indefinida de esencias sin nexo entre ellas, hacen del universo una colección de seres desconectados obrando sin ningún orden. Pero los seres no quieren estar mal gobernados, y según el texto de Homero, la pluralidad de jefes no conduce a nada. Que no haya sino un jefe [16].”

Así es como Aristóteles, según lo nota Alejandro de Afrodisia en un bello pasaje de su Comentario a la Metafísica, “nos lleva desde las cosas por naturaleza inferiores y por nosotros conocidas, hasta el Padre que las ha creado a todas, hasta Dios adorable, y nos enseña que así como el fundidor es causa de la unidad de la esfera y el bronce, del mismo modo el poder divino, creador de la unidad y hacedor de los seres es para todos ellos la causa que hace que sean lo que son”.

Es Aristóteles el espíritu más positivo y el más metafísico al mismo tiempo. Lógico riguroso y juntamente realista siempre despierto, se doblega sin esfuerzo a las exigencias de lo real, y da acogida en su pensamiento a todas las variedades del ser sin forzar ni deformar nada jamás, con un vigor y una libertad de espíritu que sólo serán sobrepasados por el límpido candor y la inteligencia angélica de Santo Tomás de Aquino. Pero toda esta riquísima variedad está ordenada a la luz de los principios, sometida, clasificada, medida, dominada por la inteligencia; y es la labor propiamente dicha de la sabiduría, sabiduría todavía humana y que, sin embargo, colocada en las alturas, abraza de una sola mirada la universalidad de los seres.

Sin embargo, Aristóteles trabaja menos en amplitud que en profundidad. Se detiene poco en hacer ver las proporciones y el vasto conjunto de su doctrina. Se dedica sobre todo a captar con método absolutamente seguro y absoluta precisión aquello que cada naturaleza tiene de más original y de más íntimo, lo que es más ella misma. De este modo no solamente ha organizado la ciencia humana y establecido sobre sus propias bases la lógica, la biología, la psicología, la filosofía natural, la metafísica, la ética y la política, sino que además supo tallar el diamante de una multitud de definiciones o de sentencias preciosas en las que resplandecen los destellos de lo real.

15 Met. lib, XII, cap. VII. 1072 b, IX, 1074 b 35,

16 *Ibíd.*, lib, XII, c. X, 1076 a,

Así que se puede decir que Aristóteles es único entre los filósofos, único por su genio, único por sus dones, único por su obra. Sabido es que las cosas grandes son difíciles y que lo difícil es cosa rara. Y cuando se trata de una empresa extraordinariamente dificultosa, podemos suponer que sólo un hombre sería capaz de salir con ella adelante. Por otra parte, un edificio bien construido no se levanta ordinariamente según el plano de varios arquitectos, sino sobre el de uno solo. Si, pues, la sabiduría humana, o sea la filosofía, había de levantarse como un edificio digno de su grandeza, era necesario que después de la suficiente preparación histórica, un hombre solo echara sus fundamentos. Sobre estos fundamentos, millares de artesanos podrán ponerse a la tarea, porque la ciencia no se ensancha sino mediante el esfuerzo común de muchas generaciones, y nunca dice basta. Pero su dirección requiere el arquitecto único [17].

Por esta razón, a pesar de los errores e imperfecciones o insuficiencias que tienen su explicación en la limitación de la razón humana, Aristóteles es el filósofo por excelencia, como Santo Tomás es el teólogo.

Aristóteles nació el año 384 en Estagira de Tracia [18]. Era hijo de un médico llamado Nicómaco, de la familia de los Asclepiades, que, según tradición, remontaba hasta Esculapio. A los 18 años se hizo alumno de Platón y siguió sus lecciones hasta la muerte del maestro (347). Después de la muerte de Platón, se dirigió a Aramea de Mysia, donde reinaba Hermias, después a Mitilene, y luego vivió ocho años en la corte de Filipo, rey de Macedonia. Fue el preceptor de Alejandro. Cuando éste comenzó a reinar, Aristóteles se fue a Atenas y fundó su escuela en el Liceo (gimnasio dedicado a Apolo Licio). Enseñaba paseándose con sus alumnos en los parajes sombreados

17 Descartes lo expone muy bien en su *Discours de la Méthode*:

“Nunca hay tanta perfección en las obras compuestas de diversas partes y hechas por muchos maestros, como en aquellas en que ha trabajado un solo maestro.”

Pero erró, 1º, al creer que le correspondía a él precisamente fundar la filosofía, por incompetencia de la antigüedad; 2º, al pensar que él solo era capaz si tenía tiempo y experiencia no ya de fundar, sino de terminar la ciencia; 3º, al rechazar con desprecio todo el esfuerzo de las generaciones anteriores y de la tradición humana. En cambio, Aristóteles sólo salió adelante en su obra, consultando, discutiendo y analizando el pensamiento de sus predecesores, y aprovechándose de toda la labor acumulada antes de él.

18 “Añadamos que Estagira, ciudad de Calcidia, era una colonia griega, de lengua griega; no es exacto decir, pues, que Aristóteles era griego a medias: era un puro heleno, tan buen heleno como Parménides o como Anaxágoras” (HAMELIN, *El sistema de Aristóteles*, p.4).

del Liceo, y de ahí el nombre de peripatéticos dado a sus discípulos. Vivió doce años en Atenas. El partido anti-macedónico le acusó de irreligiosidad, con ocasión de un himno compuesto por él sobre la muerte de su amigo Hermias, entonces se retiró a Calcidia, donde murió a la edad de sesenta y tres años (322).

Cuéntase que su amor al estudio le sugirió la idea de trabajar teniendo en la mano una bola de cobre que, si se dormía, lo despertaba al caer en un recipiente de metal. Filippo y Alejandro pusieron a su disposición las inmensas riquezas que poseían para favorecer sus investigaciones. Escribió libros destinados al público (diálogos), que se han perdido – Cicerón ensalzaba su elocuencia –, y libros “acroamáticos” en los que se resume la enseñanza oral que daba a sus discípulos y que en su mayor parte han llegado hasta nosotros.

Estos libros tienen una historia muy curiosa que nos cuenta Estrabón y que, de igual modo que las consideraciones de Pascal sobre la nariz de Cleopatra, nos da a entender el papel que las causas más insignificantes desempeñan en el destino de los hombres. A la muerte del filósofo fueron a parar, con su biblioteca, a manos de su discípulo y sucesor Teofrasto; luego a las de un discípulo de Teofrasto llamado Neleo, y más tarde a las de los sucesores de Neleo. Estos, por el peligro de que se las arrebatasen para la biblioteca de los príncipes de Pérgamo, las escondieron en un subterráneo. A su muerte, las obras de Aristóteles quedaban perdidas. Así permanecieron durante siglo y medio; y sólo a la suerte de un afortunado bibliófilo se debió que fueran encontradas de nuevo. Hacia el año 100 a.C., los descendientes de los herederos de Neleo las encontraron en un estado lastimoso, como se comprende fácilmente, y las vendieron a precio de oro a un rico aficionado a los libros, Apelicón de Teos, quien las publicó con multitud de erratas; en el año 86 a.C., en la conquista de Atenas por los Romanos pasaron a poder de Syla. El gramático Tiranio las tuvo entre sus manos y las utilizó. En fin, Andrónico de Rodas las catalogó y las editó. Alejandro de Afrodisia (siglo II de nuestra era), los neoplatónicos Porfirio (siglo III), Temistio (siglo IV), Simplicio y Filopón (siglo VI) las comentaron.

La cultura escolástica que se desarrolló a partir del siglo VIII en el occidente cristiano, desconoció durante mucho tiempo los libros originales de Aristóteles, fuera del Organon (tratado de lógica), que Boecio (480-526) había traducido al latín. Pero no ignoraba su pensamiento que tantos autores de segundo orden habían vulgarizado, y que formaba parte integrante de aquella gran cultura filosófica de la antigüedad, con preponderancia platónica ciertamente, que los padres, sobre todo San Agustín, habían recogido y puesto al servicio de la fe. En las escuelas cristianas se enseñaba la lógica de Aristóteles, según el texto de Boecio. Pero solamente a fines del siglo XII, los escritos del filósofo (Física, Metafísica, Ética) comenzaron a llegar a las manos de los escolásticos, gracias, sobre todo, al parecer, a la ardiente polémica sostenida en esta época por los doctores cristianos contra la filosofía de los árabes, a quienes estos escritos habían sido transmitidos (con los comentarios de los neoplatónicos, en una versión siríaca traducida luego al árabe), y en los cuales pretendían fundar su autoridad. Acogidos al principio con gran desconfianza, en razón precisamente del camino por donde llegaban y de los errores que les hacían cometer los comentarios árabes, todos los libros de Aristóteles fueron pronto traducidos al latín, primero del texto árabe, y luego del texto griego.

Entonces se encontraron en el camino la sabiduría humana y la verdad divina, Aristóteles y la fe. Toda verdad pertenece de derecho al pensamiento cristiano, como los despojos de Egipto pertenecían a los hebreos. Según el texto de San Ambrosio frecuentemente citado por San Agustín, toda verdad, quienquiera sea el que la diga, pertenece al Espíritu Santo. Pero es preciso que alguien realice esta toma de posesión; fue asimismo necesario que alguien hiciera entrar al servicio real de Cristo a la maravillosa intelectualidad de Aristóteles. Esta obra, comenzada por Alberto Magno (1193-1280) fue enderezada, acabada y perfeccionada por Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Esa empresa suponía reunidas las condiciones más exquisitas: la flor de la civilización del tiempo de San Luis, la admirable organización de la Orden de Santo Domingo, el genio de Santo Tomás [19].

19 Para que fuera posible que esta obra se llevase a término, era necesario que el pensamiento cristiano estuviera suficientemente maduro en el orden filosófico y teológico, gracias a los Padres y a la escolástica anterior a Santo Tomás. Supuesto esto, la obra de Alberto Magno y de Santo Tomás no cambió, sino que terminó la filosofía cristiana y le dio la forma de la edad perfecta. Si sus contemporáneos se sorprendieron sobre todo de la novedad de esta obra – novedad de coronamiento, no de alteración –, fue porque todo tránsito al estado perfecto debe necesariamente sorprender a los que asisten de cerca, y pueden estar atados por la rutina a ciertos aspectos de la imperfección en que se han formado.

Santo Tomás, a quien la Iglesia ha proclamado doctor por excelencia, *Doctor Communis Ecclesiae*, y al que ha nombrado maestro universal de su enseñanza, no solamente trasladó a los dominios del pensamiento cristiano la filosofía de Aristóteles en su totalidad, para hacer de ella el instrumento de una síntesis teológica incomparable, sino que, además, y al mismo tiempo, realizó y, por decirlo así, transfiguró esta filosofía. La purificó de todo error, en el orden filosófico se entiende, porque en el orden de las ciencias de observación o ciencias de los fenómenos, Santo Tomás no podía, lo mismo que Aristóteles, evitar los errores corrientes de su tiempo, errores sin consecuencias, en lo que concierne a la filosofía propiamente dicha. La sistematizó con gran vigor y armonía, profundizó en sus principios, dedujo las conclusiones, ensanchó el horizonte y, sin quitarle una coma, la enriqueció no poco con los inmensos tesoros de la tradición latina y cristiana; colocando en su justo lugar muchas teorías de Platón, creando acerca de algunos puntos fundamentales (por ejemplo, sobre la cuestión de la esencia y existencia) panoramas totalmente nuevos, dando prueba con todo esto de ser un genio filosófico tan poderoso como Aristóteles. En fin y principalmente, echando mano su genio propiamente teológico de la filosofía de Aristóteles, como de un instrumento de la ciencia sagrada, que existe en nosotros “como una huella de la ciencia de Dios” [20], elevó esta filosofía sobre sí misma, sublimándola a una luz superior que hace que resplandezca la verdad de una manera más divina que humana. Entre Aristóteles visto a través de su propia doctrina, y Aristóteles contemplado a través de Santo Tomás, hay la misma diferencia que entre una ciudad alumbrada por antorchas y la misma ciudad iluminada por los rayos del sol naciente.

Por esta razón, aunque Santo Tomás es ante todo un teólogo, se puede hablar de filosofía tomista con tanta propiedad y mayor quizá que de filosofía aristotélica.

Esta filosofía de Aristóteles y Santo Tomás es con toda propiedad, según frase de un filósofo moderno, la filosofía natural del espíritu humano; porque en efecto desarrolla y eleva a su mayor perfección lo que hay de más profunda y auténticamente natural en nuestra inteligencia, en sus primeros conocimientos, como en sus aspiraciones hacia la verdad.

20 Sum. th., 1, q. 1, a. 3 ad 2.

Es también la filosofía de la evidencia, fundada a la vez en la evidencia experimental de los datos que ‘nos dan los sentidos y en la evidencia intelectual de los primeros principios; la filosofía del ser, por apoyarse toda ella y regularse sobre lo que es y por plegarse fielmente a todas las exigencias de lo real; la filosofía de la inteligencia, a la cual se entrega como a la facultad de lo verdadero y a la que educa a su vez por medio de una disciplina soberanamente purificadora. Por todas estas razones, esta filosofía tiene carácter de filosofía universal, en el sentido de que no es la expresión de una nacionalidad ni de una clase, ni de un grupo, ni de un temperamento, ni de una raza, ni de una ambición, ni de una melancolía, ni de una tendencia práctica; sino la expresión y el resultado de la razón que en todas partes es idéntica. En este mismo sentido, esta filosofía es suficiente para conducir a las inteligencias privilegiadas hasta la ciencia más elevada y más difícil, sin dejar jamás, por otra parte, de estar a la altura de aquella certeza fundamental, espontáneamente adquirida por toda mente sincera, que constituye los dominios universalmente humanos del sentido común.

Se nos muestra además como continua y perdurable, *philosophia perennis*, en el sentido de que antes que Aristóteles y Santo Tomás la hubieran creado científicamente como filosofía propiamente dicha, ya existía desde el primer momento en su raíz, en estado pre-filosófico, como instinto de la inteligencia y como conocimiento natural de las primeras conclusiones de la razón; y en el sentido, además, que desde su fundación como filosofía, ha permanecido estable y progresiva a la vez en su pujante vida tradicional, mientras que todas las otras filosofías se fueron sucediendo después de una vida precaria. Esta filosofía se presenta, en fin, a nuestros ojos como incomparablemente una, ya porque es la única que asegura al saber humano – metafísica y ciencias – su armonía y su unidad, como también porque realiza el máximo de coherencia dentro del máximo de complejidad, y que no es posible desdeñar el más insignificante de sus principios sin falsear, por sus inmediatas repercusiones, todos los aspectos de lo real.

Tales son algunas de las señales externas que nos dan a comprender su objetividad, aun antes de haber penetrado en ella y comprobar directamente su evidencia intrínseca y su necesidad racional.